

A LOS OBREROS DEL PAIS

Palabras de un amigo

Lo que se debe hacer

En estas líneas, exponente de una delicada expectación del tiempo que corre y de los hechos que se consuman, encontrarán, mis compañeros los obreros, la frase ruda quizá, desarropada talvez, pero llena de sinceros sentimientos y bien encaminada hacia el sendero de la verdad y la razón.

El hierro se forja á fuego y mazo; el hombre—en el yunque de la vida—también se forja á dura realidad y desengaños.

Son las actividades naturales llenando todos los campos con su inmenso trabajo.

Pero así como el hierro cede ante la fuerza del forjador hasta convertirse en pieza útil para una obra ó en obra misma, así el hombre debe sacar algún provecho práctico de la experiencia que va adquiriendo con el transcurso del tiempo, los desengaños adquiridos y las rudezas cosechadas; lo contrario sería tener como nugatoria la razón de vivir y la escala ascendente del progreso. Si existe la errada creencia de que los desengaños no modelan, corrijen y enseñan, entonces bien mezquina sería la vida.

El libro de la experiencia siempre debe estar abierto; cerrarlo es suicidarse. Pensando en estas cosas, pasó por mi mente una imágen prostituida y perseguida por los hombres: la política.

Los hombres, divididos en distintas colectividades, se disputaban el primer lugar para inclinarse reverentemente ante ella.....

Estos amores por la política y estos homenajes tienen su llama que no los deja extinguir: la recompensa.

Lo que pasa es que muchas veces esta veleidosa imágen engaña á muchos de sus adoradores y cuando más pronto esperan el pago de los esfuerzos rendidos á ella, es cuando más pronto vuelve las espaldas; pero estas excepciones no alteran la regla ni tampoco varían el sentir de la generalidad el cual va encaminado á lo práctico: la recompensa; esto lo miro dentro lo natural porque *es fruto del trabajo*; no es mi objeto atacar estas cosas, por el contrario; creo que la persona es acreedora á que se le remuneren sus esfuerzos siempre que éstos no lleven miras más elevadas, más altruistas, que de hecho encarnen un total desprendimiento.

Desde luego, la política por ocupar un lugar dentro de lo vulgar y aún más bajo que lo vulgar si se quiere, está expuesta á estas operaciones que vistas friamente y sin idealidades que nublen sus organismos resultan operaciones comerciales.

Los hombres que verdaderamente adoran la política con amor plátonico son los obreros. Estos sí que, ó no tienen una concepción más clara de hasta donde llega el practicismo, ó son menos corrompidos.

Son amores inférricos los del obrero por la política; su candorosa le hace creer en ideales; digiere mecánicamente las artimañas que en biberón de oro le sirve esta aventajada Pitonisa.

Mientras los obreros están con el biberón y creyendo en promesas y más promesas, pasó la política, pasaron los hombres, y quedan sin puesto en la mesa del reparto.

Y hay razón; mal pueden preocuparse por la clase obrera los que siempre la han engañado. Hay razón, mientras los obreros se conformen con repetidas adulaciones, no precisa que se les retribuya. ¡Para eso es hombre de manos callosas! ¡Para eso lucha y luchará como un héroe en las penalidades del incansante trabajo! ¡Para eso ha elevado su grosero taller en santuario! Así es que para qué se le recompensa? Además, el obrero posee *lo que los demás no tienen: el patriotismo*.

Aquí tenemos ya al obrero halagado en su vanidad. Ser patriota es serlo todo.

Esta palabra—aunque siempre hueca y siempre vaga—llena todas las aspiraciones del obrero.

Por patriotismo se arrebaña para seguir á un hombre que después—como ha sucedido siempre—le olvidará y apartará como se aparta una escalera cuando se ha subido.

Y así van pasando los tiempos, van pasando los hombres y sin embargo la clase obrera no reacciona ni quiere convencerse de que por ese camino no va á ninguna parte.

El obrero necesita escuelas no solamente de artes y oficios, sino de instrucción en humanidades; en fin, necesita muchas cosas para ponerse al nivel de otras naciones y sin embargo no hace por donde adelantar.

¡Espera que todas estas cosas le luevan del cielo?

En mi próximo artículo diré *lo que se debe hacer*.

MIGUEL

(Continuará)

Moral ridícula

Cuando á mis oídos llega la noticia del abandono de un niño por una pobre madre, pienso con un escritor de que en el fondo de cada pueblo, en el rincón de cada casa, hay siempre un alma de mujer que ha enterrado en lo más íntimo un amor, que ni aún ha podido cubrir con flores, como á los niños que se mueren.....

¡Cuántos corazones sepultados bajo los escombros de ilusiones que háñse desplomado!

¡Cuántas almas solitarias que ven pasar los días esclavas de un amor sin esperanzas!

He ahí á una mujer convertida en madre; es un débil ser que ha rodado

al abismo, es un pobre ser abandonado.

La idea del abandono de su hijo laborando interiormente en lucha con los últimos apegos al *qué dirán* la lleva á cometer su crimen.

Se ha acercado á la puerta de cualquier casa, ha dejado abandonado al infante y se ha retirado luego á oír en silencio la condena de la vindicta pública.

La justicia la busca para dejar caer sobre ella todo el peso de la ley y hay quiénes pidan ejemplar castigo por hecho tan espeluznante.

Mas yo, al pensar en las causas que llevaron á esa madre á cometer el delito, la perdono.

Ha sido abandonada por el hombre

causa de su desgracia; ha pensado en que arrojada de su hogar será y ana tematizada por una moral ridícula. He aquí las causas que la impulsaron á abandonar á su hijo en media vía pú-

blica ó en cualquier cajón de puerta. Y he aquí porqué la absuelvo en el fuero de mi conciencia.

VÍCTOR MANUEL ROJAS.

Asuntos de actualidad

MERMELADA POLITICA

Siluetas delegadiles y trozos de cinematografo

La noche de anoche, la pasé atormentado—pero en redondo—pensando en el viaje de nuestra morrocotuda Delegación.

Buen *güero*—me dije—para un *croniqueur* que se gasta en materia de crónicas y en materia de ensaladas, oro de diez y ocho quilates, ó lo que es más propio, una sal andaluza de rechupete.

¡Olé con el chulo! Ovillos de esta clase no se ven todos los días. Me haré una película á lo Mark Twine y una cuarta más para enseñar á ese bicho inglés cómo se saca la punta.

¡Y valla si no he de llegar, así rabie el mismo Twine á coro en todos los Figaros del mundo!

Atención! Entro en materia.

Ya dije que no había podido conciliar el sueño y que pasé la noche de turbio en turbio. A la del Alba, con ademán colérico, eché de lado la frazada, vestime, y provisto de hermosa toalla y espumoso Rigaud, me dí un masaje de cara, bajo el frescar del cañerifarroyuelo.

Hecha la *toilet* pasé por todos los parques capitolinos y ahí, entre los lamidos de vaho de las perrunas flores, y entre aquel ambiente de perfumanzas, preparé hasta la última celdilla cerebral, ó para ser más objetivo, toda la Penitenciaría encefálica dentro la cual iba á poner en el cepo, ó con grillos y carlancas—según la resistencia ó el delito de la reo—á la turba-multa de impresiones que habían de esperarme en la estación del Pacífico.

Para ponerme *de punto* sólo faltaba una tacilla de café con leche que hube de tomar en la cafetería.

Todo el poco de tiempo que estuve antes de las 8 y 15 a. m., lo degollé.

Atención! Entro en materia. (*C' est vis*).

A la hora indicada me encaminé al teatro de las Delegaciones.

Ya animado como se paseaba, cabe á los banquillos de la estación; *al pelo para portada*, dije para mí *ca pote*, y lo enfoqué de primero. Era él un militarzote, tierno como un palmito, fofo, de amplio y trepidante tracero andaba á pacitos y tenía entre los labios un inmenso puro de la Habana.

Timonzado por una opulenta nariz que sería griega, á no ser *el banco* y rapado de barba y pelo, al máximo frescor. *Pariecia el sanfarrón de la carátula del Tartarín de Taudet*. (Esto se lee sin respirar.)

(?) El padre Vilá ¡lerdo lector!; el padre Vilá aragonés *madrugón*, montador de oportunidades á quienes no han botado nunca ni los más bravos toros de la oración.

De amarillo, con uniforme de capellán general y gorrilla gris, blando como un fruto de Aranjuez, sobre el pecho una cruzaza casi episcopal, era un *tipazo*.

—Ola padre.

—Ola

—Y los compañeros?

—Yo me vine adelante, porque no me gusta andar con prisas ni sofocaciones.

—Y tiene algún determinado proposito en relación con la fiesta patria salvadoreña?

—Nosotros los agregados no tene-

mos más que acompañar al jefe, á quien toca decir y hacer (*campechane-ria* acursa y pasca como hecha de vástago de *musa paradisiaca*).

—Ah.....!—Con permiso, padre.

Y esto diciendo me dí á boca de jarro con una trinidad imantada atrayentísima. ¡La triple alianza: con el padre eterno ¡y qué bigotes!, el espíritu Flébil y el mesías de otros tiempos!

Ah, monseur Romain, *le grand mar- chal*!!

Uh, el mayorcito Mora!!

Uh, y de anteojitos el Cristo Brenes hablando de milicia!!

Uh, Coronelito Mesén. ¡Viva la evolución!

Abur! Otras impresiones!! Andando!!

¡E! Bajado el "Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial

Ole bambuco! Viva tu gracia!

Y baja él, y en pos de él, tres ángeles con velo y dientes de ratón, y tras los ángeles el barbero, y tras el barbero el lacayo, tras el lacayo el amo de llaves y tras el amo de llaves, el demonio.....

Y don Manuel C. se batió á abrazo limpio: abrazo aquí y abrazo allá y "la paz sea con vosotros", acullá.

Siendo de advertir que cayó en primer término en los brazos de Fernández, el Pontífice Máximo: fué un abrazo largo, casi voluptuoso, blando como un pellón de conejo.

Luego fué el caer y caer sucesivamente entre los brazos de una fila interminable de *serviliopolitas*.

Pero por último en el supremo momento de partir, tomó á su *grand chef* y tomando de los lagartillos á don Máximo, le puso el oído en la boca!.....asiótió!.....terminó la pose.....y hasta noviembre!

Don Ricardo? Ah, don Richard, estuvo por ahí, complaciente, haciendo abanicos de sonrisas á toda vela, cosa bien difícil de ver en los Coronados y Vázquez; ni siquiera saludó á don Máximo, ahí á dos pasitos de distancia en cuchicheos con Melico el aventurero.

Sin embargo, abrazó efusivamente á Paco Cabezas, que dicho sea entre llaves batió el *record* de los abracones y recibió el "non plus" de los abrazos.

Con todo y eso, segundantes de marcha, don Paco estaba paseándose á lo largo del corredor de la estación, el índice en la boca, y musitando "¿Cuáles mis amigos habrán por aquí?" ¡Este es el hombre del flirt!

Pocos momentos después, sonó la campana, vi á Gerardo Matamoros con algo más del busto fuera de la ventanilla, demudado, agitando el sombrero, loco.

Los delegados diseñaban clownescas muecas de despedida; se deslizó el tren linea abajo y sobre el lienzo de la visión cinematográfica, saltó el "gallo Pathé"

LAURO FLIRUELI